

donde según todos los informes se aglomeraban en tropel las columnas de los rusos, de los prusianos y los austriacos; al mariscal Saint-Cyr que ayudara á Marmont en esta maniobra, ó que aspirara mejor á ganar por un camino lateral la calzada de Peterswalde para juntarse á Vandamme; y así esperó que sufrieran algún desastre los coligados, acosados por la cola, amenazados por el flanco y retenidos por la cabeza. También previno que á las tropas que pedía se les hiciera pasar al punto el Elba, y no ocultó á Murat que era con el designio de marchar sobre la capital de Prusia.

Mientras concebía estos proyectos y expedía estas órdenes, no formaban tan vastas combinaciones en Tœplitz los coligados, y sólo pensaban en libertarse del peligro á que imprudentemente se habían expuesto al bajar hacia la espalda de Dresde. La resistencia que opusieron á Vandamme el día 20 con fortuna, les hizo recuperar alguna esperanza. Cuantas fuerzas les llegaron de las tropas rusas y austriacas por el camino de Altenberg á Tœplitz, fueron enderezadas sobre la izquierda y situadas detrás de Priesten y Karbitz, para oponer á Vandamme una barrera de hierro. De consiguiente se lisonjeaban de impedirle que desembocara de Kulma, y aun tal vez de hacerle sufrir un desastre, lo cual les indemnizaría algún tanto de las jornadas del 26 y del 27 de agosto, y daría lugar á que todas las columnas pasaran en seguridad las montañas. Sin embargo, les quedaba una grave zozobra relativa al cuerpo prusiano de Kleist, que debía haber seguido al cuerpo austriaco de Colloredo, según el primer proyecto de retirada, y pasado en su compañía por Dippoldiswalde, Altenberg, Zinnwald y Tœplitz, impidiéndoselo el movimiento transversal de Barclay de Tolly, quien, como ya se ha visto, se trasladó de repente del camino de Pererswalde al de Altenberg, para evitar el encuentro de Vandamme. Retrasado en su marcha, y obligado á esperar á que el camino estuviese expedito, aún se hallaba el cuerpo de Kleist sobre el respaldo del Geyersberg el 29 por la noche, y se recelaba que le acacieran las mayores desdichas, porque el cuerpo de Saint-Cyr le pisaba completamente los talones. Después de conferenciar el rey de Prusia con el emperador Alejandro, envió al coronel Schœler, uno de sus ayudantes de campo, cerca del general Kleist, para informarle de la presencia del cuerpo de Vandamme en Kulma y dejar á su elección el camino que prefiriera tomar con el fin de salvarse, y prometerle que tendría espacio para transponer la montaña y desembocar en la cuenca del Eger (1). Tan comprometido se consideraba á este cuerpo que se recomendó al par al coronel Schœler que trajera por entre los bosques al joven príncipe de Orange, el cual hacía esta campaña con el ejército prusiano y estaba al lado del general Kleist. A la verdad no se quería entregar en manos de Napoleón trofeo semejante, si el cuerpo de Kleist quedaba prisionero. Así Mr. de Schœler

(1) El historiador ruso Danilewski ha querido atribuir al emperador Alejandro una combinación profunda, consistente en hacer que bajara Kleist sobre las espaldas de Vandamme; pero Mr. de Wolzogen en sus Memorias, tan instructivas como amenas, ha desmentido esta aserción completamente, y para hacerlo tenía más autoridad que otro alguno, como que se hallaba presente cuando se dió á Mr. Schœler la orden á que se alude. Esta orden, pues, se halla reducida á las proporciones y á la significación que aquí le damos.

(N. del A.)

se puso en camino sin demora para volver á pasar las montañas é ir á desempeñar el difícil cargo que se le confiaba á todo riesgo. Tales eran las esperanzas de los unos y los temores de los otros el 29 de agosto á media noche.

A la mañana siguiente se hallaban los dos ejércitos en la misma posición que el día antes. Enfrente de Vandamme estaban los coligados con su izquierda, compuesta de los rusos, muy cerca de las montañas; su centro, formado también por los rusos, delante de Priesten y frente por frente de Kulma, y su derecha, compuesta por los austriacos y la caballería de los coligados, en las praderas de Karbitz. Dispuestos se mostraban á tomar la ofensiva para proteger el paso de Kleist por las montañas, ocupando fuertemente á los franceses; pero ignoraban por qué camino aspiraría á salir éste del abismo en que estaba amenazado. A Vandamme le suponían treinta mil hombres á lo sumo, mientras tenía cuarenta mil bajo la mano. De consiguiente no podían vacilar en dar principio al ataque, y resolvieron hacerlo al punto.

Por el contrario Vandamme, habiendo descubierto más á las claras desde la punta de la aurora la desproporción entre sus fuerzas y las del enemigo, y esperando á cada instante la aparición del mariscal Mortier sobre sus espaldas y la del mariscal Saint-Cyr sobre su derecha, se quería limitar á la defensiva hasta la llegada de sus refuerzos. Así se lo envió á decir á Napoleón á las seis de la mañana. Con la orden de empujar al enemigo hasta Tœplitz, y con su carácter osado, todo lo más que se le podía exigir era que se detuviese en Kulma. Ya no debía pensar en remontarse hasta el mismo Peterswalde, pues la posición de Kulma era bastante fuerte para defendida por cuarenta mil hombres contra cualesquiera contrarios; y detrás, entre Kulma y Peterswalde, no había que precaver ningún peligro, encontrándose allí Mortier y debiendo desembocar de un instante á otro. Así la única resolución indicada consistía en no aventurarse en la llanura para ir á Tœplitz y en mantenerse sobre Kulma.

Véase cómo el general Vandamme había distribuido sus tropas. A su derecha, y enfrente de los rusos, á la misma falda del Geyersberg, tenía nueve batallones de la división de Mouton-Duvernet, y algo á la espalda, pero tirando hacia el centro, la división de Philippón con catorce batallones. Sobrado fuerte era por tanto, á esta parte de las montañas, de donde sin cesar descendían columnas enemigas á cada instante. En el centro y delante de Kulma, frente por frente de Priesten, tenía la brigada de Quoyot de la división de Teste, y algo detrás la brigada de Reuss. Detrás de Kulma tenía la brigada de Doucet de la división de Dumonceau, y á la izquierda, hacia las praderas, la brigada de Duhesme, perteneciente asimismo á la división de Dumonceau, para servir de apoyo á la caballería. Finalmente, el general Krützner, con el resto de la división de Mouton-Duvernet, fué enviado á Aussig, bastante lejos hacia la espalda, para guardar el paso del Elba, conforme á las órdenes de Napoleón. Así, con veintitrés batallones á su derecha y á lo largo de las montañas, con diez y ocho en el centro, con siete ú ocho á la izquierda, sosteniendo á veinticinco escuadrones alineados en la llanura, y finalmente, con una artillería formidable, se debía

crear seguro, especialmente hallándose junto á la calzada de Peterswalde, de donde se lisonjeaba que desembocara Mortier de momento en momento. De consiguiente estaba con el espíritu exento de zozobra, y sin embargo, muchos corazones experimentaban siniestros pensamientos sin que se supiera la causa. A las ocho rompieron el fuego los tiradores enemigos, y los nuestros contestaron al punto, si bien nada auguraba todavía un serio lance. Muy pronto vióse hacia nuestra izquierda á los jinetes rusos del general Knorring cruzar una cumbre que dominaba las praderas, y luego caer sobre una batería montada, que estaba algo delante de nuestra línea de caballería. Tres piezas nos fueron arrebatadas, y fué sumamente maltratado un batallón del regimiento 13 de ligeros que trató de defenderlas. Entonces la brigada de caballería ligera del general Heinrodt, guiada por el intrépido Corbineau, cargó y repelió á los coraceros rusos. Pero, desplegándose en su apoyo los batallones de la infantería austriaca de Colloredo, se vieron obligados los cazadores del general Heinrodt á replegarse. Herido en la cabeza el general Corbineau tuvo que abandonar el campo de batalla.

Entonces Vandamme sacó del centro la brigada de Quoyot y llevóla á la izquierda para servir de sostén á la brigada de Duhesme y á nuestra caballería. Apenas llegaba por la izquierda á la llanura, fué asaltada por toda la caballería de Knorring. El general Quoyot formó esta valiente brigada, que constaba de seis batallones, en seis cuadros, y durante más de una hora sostuvo sin moverse todos los asaltos de la caballería enemiga. Habiendo querido ésta rebasar nuestros cuadros y acercarse á Kulma, cargó á su turno la brigada de cazadores de á caballo del general Gobrech, y la repelió sobre la infantería austriaca. Los esfuerzos á nuestra izquierda indicaban el proyecto de conducirnos, tras de rebasarnos, á la calzada de Peterswalde, si bien hasta el presente ninguno de tales esfuerzos se había logrado, y siempre firmes en el centro y en la derecha, donde según se veía ni aun atacarnos osaba el enemigo, al parecer no debíamos temer nada.

No obstante, á eso de las diez de la mañana sintióse de improviso cierto tumulto á nuestras espaldas. Se oyeron detonaciones de fusil de tiradores y ruido de numerosos carros de artillería; al cabo se divisaron espesas columnas, y Vandamme lleno de júbilo creyó naturalmente que fuese Mortier, llegado de Pirna. ¡Vana ilusión y terrible desengaño! ¡Acude y reconoce el uniforme de los prusianos! ¡Era el general Kleist que llegaba por la calzada de Peterswalde! ¿Quién le pudo sacar de un espantoso peligro para lanzarle de este modo sobre nuestras espaldas? ¡Una casualidad, un movimiento feliz de desesperación! Véase con efecto lo acontecido.

Al recibir el aviso del coronel Schœler, comunicó el general Kleist á sus oficiales la presencia de los franceses en Kulma, y como se hallaba entre el camino de Peterswalde á la izquierda, ocupado por Vandamme, y el camino de Altenberg á la derecha, atestado todo el día por los rusos y por los austriacos, é interceptado por el cuerpo de Marmont en este instante, no le quedaba más arbitrio que seguir directamente hacia adelante los senderos que conducían al respaldo de las montañas, á riesgo de encontrar á Vandamme sobre su

TOMO VIII

camino. Además, teniendo al cuerpo de Saint Cyr inmediatamente á la espalda, si se paraba un momento podía ser acometido y abrumado. Ante este triple peligro, á impulsos de un transporte de entusiasmo, abrazaron los prusianos el partido de trepar la montaña que se alzaba delante de ellos, y abrirse paso ó morir si por este camino daban en manos de Vandamme. Sin que les siguiera Saint-Cyr anduvieron toda la noche, y sobre su izquierda divisaron un camino de travesía, que juntándose por Furtenswalde y Streckenwalde á la calzada de Peterswalde, les condujo sobre las mismas espaldas de Vandamme sanos y salvos. Viéndole asaltado de frente por cien mil hombres, y hallándose con treinta mil por lo menos sobre su espalda, entonces mismo acababan de empezar el ataque, lisonjeándose y no dudando de su prodigioso resultado.

Conservando Vandamme una rara presencia de ánimo ante esta perspectiva y después de consultar al general Haxo, comprende que no le queda más que un arbitrio, el de remontar la calzada de Peterswalde y atropellar á las columnas prusianas, abandonando su artillería. Nada vale tal sacrificio, si logra salvar su ejército á esta costa. Inmediatamente da las órdenes que emanan de resolución semejante. Prescribe á la brigada de Quoyot, llevada á la llanura sobre la izquierda, que se repliegue, y lo mismo á la brigada de Reuss, dejada delante de Kulma: á ambas ordena que se formen en columnas cerradas para romper las filas de los prusianos, mientras la brigada de Duhesme persiste con la caballería en retener á los austriacos de Colloredo y á los rusos de Knorring en la llanura, y mientras Mouton-Duvernet y Philippón llegan á acometer á los prusianos á su turno, retrocediendo camino á lo largo de las montañas. Resuelto Vandamme á sacrificar su artillería, la pone en batería hacia el centro sobre la eminencia de Kulma, con orden de hacer de ella un uso desesperado contra los rusos. La brigada de Doucet debe sostener esta artillería el más largo tiempo que pueda, á fin de retirarse todos juntos cuando se logre abrir calle, abandonando los cañones, si bien salvando los hombres y los caballos.

Estas órdenes son ejecutadas al punto. Las brigadas de Quoyot y de Reuss abandonan el llano á la izquierda para volver á ganar la calzada de Peterswalde, mientras Philippón y Mouton-Duvernet se repliegan despacio. Ante este espectáculo prorrumpen en gritos de alegría y nos siguen los sesenta batallones rusos, que tenemos delante, á nuestra derecha y hacia el centro. Mouton-Duvernet y Philippón los contienen. Baltús los ametralla por el centro desde las alturas de Kulma; pero á la izquierda, en el llano, cae una formidable masa de enemigos sobre la valiente brigada de Duhesme, que ya queda allí sola y se defiende con bizarría. Detrás cargan violentamente á los prusianos las brigadas de Quoyot y de Reuss, al procurar volver al camino de Peterswalde en columna cerrada. Este movimiento produce en las tropas del general Kleist un tropel espantoso, resultando un indescriptible conflicto, en que los hombres pelean cuerpo á cuerpo, se sofocan y se matan á cuchilladas y á bayonetazos. En el mismo instante una brigada de caballería, la de Montmarie, seguida por algunos soldados de los trenes, se lanza sobre la artillería de los prusianos, y la toma. Llevado el general Fezensac

106



hacia este punto por Vandamme con los restos de su brigada, coadyuva al común esfuerzo. Así se logra destrozar la primera línea de Kleist y abrir paso, y aún hay probabilidad de salvarse, si Moutón-Duvernet y Philippón, replegándose ordenadamente, pueden acudir á tiempo de contribuir á forzar la segunda línea de los prusianos. Pero sobreviene un accidente que desbarata los cálculos todos de Vandamme sin ventura. Cargada nuestra caballería á muerte sobre la izquierda del camino y rechazada sobre la derecha se precipita hacia este punto y seguida por una multitud de soldados de los trenes que se habían separado de sus piezas. En su carrera desordenada, jinetes y artilleros se echan encima de Moutón-Duvernet y Philippón, siembran la turbación en sus filas y determinan con su ejemplo un movimiento general de retirada hacia los bosques. Entonces todo toma la dirección ésta. Después de acribillar el general Baltús de metralla á los rusos, se retira hacia el mismo lado con la brigada de Doucet y con sus tiros. En la llanura no queda más que la brigada de Duhesme, acometida por todas partes y defendiéndose heroicamente, si bien sucumbe al cabo. Prisioneros ó muertos quedan parte de los soldados de esta brigada, los demás procuran ganar el asilo de las montañas. Vandamme y Haxo con heridas, y quedando los últimos en medio del peligro, caen prisioneros. El general Krützer, situado en Aussig y descubriendo desde lejos la terrible refriega, abraza el partido de retirarse y se salva por milagro con algunos batallones. Excepto algunas escasas columnas que se repliegan ordenadamente, muy pronto no se ve por dondequiera más que una nube de hombres, escapándose cada cual según puede, y logrando en efecto ocultarse á la vista del enemigo, merced á aquellas montañas llenas de matorrales, donde es imposible perseguirlos.

Tal fué esta desastrosa jornada de Kulma, que nos costó de cinco á seis mil hombres muertos ó heridos, siete mil prisioneros, cuarenta y ocho bocas de fuego, dos generales bajo diversos conceptos ilustres, y que, aun cuando costara seis mil hombres á los aliados, les repuso de su desastre, les devolvió la esperanza de la victoria y borró en un instante de su mente las insignes jornadas del 26 y del 27 de agosto.

¿Qué razón cabe dar de esta singular catástrofe? ¿Cómo se explica que, rodeando tantos cuerpos franceses al ejército coligado, hasta el punto de que uno de ellos, el de Vandamme, se encontraba ya sobre su línea de retirada, y hallándose embarazado en las gargantas del Geyersberg, y teniendo allí á uno de sus destacamentos tan enterrado que no se podía idear de qué modo hallaría escape, se mudara de suerte el semblante de las cosas que el cuerpo francés, destinado á asegurar la pérdida del enemigo, se perdiera; y que el autor de esta pérdida fuera cabalmente el destacamento prusiano á quien se suponía sin recurso, y que pasara así la victoria de unos á otros en un instante, con todas sus consecuencias militares, políticas y morales? ¿Fué culpa de Vandamme por haberse comprometido demasiado, ó de Mortier y de Saint Cyr que no le socorrieron á tiempo, ó acaso de Napoleón por haber abandonado de sobre los sucesos á sí mismos? ¿Por ventura dependía del genio militar que hubiesen desplegado los generales enemigos en esta circunstancia? Casi han respondido

los hechos expuestos con toda verdad á estas preguntas, y explican por sí solos este cambio de fortuna, uno de los más prodigiosos de cuantos menciona la historia.

Vandamme, con muchos vicios equilibrados por grandes dotes, casi no tuvo culpa alguna de lo acontecido en estas jornadas. Situado desde los principios en Pirna, con el encargo especial de trasladarse á espaldas del enemigo, de continuo debía tener la mente fija en esta sola idea. Viendo desfilar por delante muchas columnas rusas el 28 de agosto, recibió la orden formal de acosarlas con la punta de la espada, de marchar á Bohemia detrás de ellas, y de ir hasta Tœplitz para cerrar á los coligados su principal desemboque. Sabía que le rodeaban cuerpos franceses por los flancos y por la espalda, prontos á aparecer de un instante á otro. De consiguiente, dióse prisa, siguió á los rusos, y milagro fué que no avanzase hasta Tœplitz en alas de su ardimiento, pues tenía orden de efectuarlo, y estaba seguro de no alcanzar más que en Tœplitz los grandes resultados que se prometía Napoleón de su presencia en Bohemia. Sin embargo, después de aspirar á empujar al enemigo más allá de Priesten, y de cometer la falta, á la verdad muy excusable y de ninguna gravedad para el desenlace de los sucesos, de atacar sin conjunto, se supo detener en Kulma, aunque tenía á Tœplitz delante, á Tœplitz que le señalaban como blanco de sus fines, sus instrucciones y su legítimo deseo. Después de hacer alto, se estableció en una posición muy fuerte, resguardada por todas partes, excepto por una, aquella por la cual debía llegar Mortier al terreno, y aguardó allí solicitando órdenes y socorros. ¿Qué partido podía haber abrazado? ¿Por ventura el de retrogradar á Peterswalde y á Pirna? Esto fuera abandonar su puesto y prescindir de su encargo, y contravenir no sólo á la letra, sino al espíritu de sus instrucciones, pues estaba encargado de obstruir el camino á los contrarios, y se lo volviera á abrir de esta suerte. Cuanto era de ceder á la prudencia lo había cedido absteniéndose de ir á Tœplitz y parándose en Kulma. Si en esta posición de Kulma, de la cual tuvo el buen seso de no moverse, apareció el general Kleist en vez del mariscal Mortier sobre sus espaldas, accidente fué extraordinario, del cual no se le puede hacer responsable sin afrenta de la justicia. Respecto de lo acontecido posteriormente, Vandamme conservó toda su presencia de ánimo en el momento de la catástrofe, y adoptó la única resolución posible, la de retroceder camino atropellando á los prusianos, resolución que se hizo impracticable de resultados de la inevitable confusión de una situación de esta especie. Por tanto no había de qué reconvenirle, y la suposición de que se perdió por correr demasiado de prisa detrás del bastón de mariscal, que merecía más que otros por sus servicios militares y no desmerecía á pesar de sus violencias, es una calumnia contra un desventurado más digno de lástima que de censura.

Si Vandamme no fué culpable, si toda su desgracia provino de que en lugar de un cuerpo francés apareció un cuerpo prusiano sobre sus espaldas, ¿habrá que acusar á los diversos jefes de las tropas francesas que pudieran haber concurrido, y especialmente al mariscal Mortier y al mariscal Saint-Cyr, únicos que se hallaban al alcance de Kulma? Establecido en Pirna el mariscal Mortier y bajo la alternativa de ser llamado de nuevo á

Dresde ó impelido á Tœplitz, se debía mantener entre ambos puntos, y con más espontaneidad y vigilancia pudiera acudir en persona al socorro de Vandamme. Pero atento á la estricta observancia de sus deberes, destinado á ser dirigido á una de las dos partes, natural era que aguardara en inmovilidad completa la expresión de la voluntad de Napoleón, y en cuanto á la orden terminante de auxiliar á Vandamme con dos divisiones, hay que decir que no llegó á sus manos sino en el curso del día 30, esto es, cuando la catástrofe se hallaba ya consumada. Por tanto lo de increpar á este mariscal es absolutamente imposible.

Lo propio se deseara poder manifestar respecto del mariscal Saint-Cyr, pero es el que se encuentra más sujeto á cargos, y en su favor se pueden alegar muy pocas excusas. Encaminado directamente detrás de Kleist, debiera estar de continuo sobre su huella, no perderle de vista un instante, y si llenara deber tan positivo, siguiendo al general Kleist la pista, á la hora en que éste cargaba sobre Vandamme, viera caer á su turno un cuerpo francés sobre sus espaldas, y probablemente quedara prisionero y destruído, en lugar de contribuir á aprisionar y á destruir á Vandamme. Por desgracia el mariscal Saint-Cyr, espíritu díscolo aunque eminente, no mostrando celo más que respecto de las operaciones de que se hallaba directamente encargado; no sabiendo fuera del fuego más que criticar á sus vecinos y á su soberano; complaciéndose en todas ocasiones en rebuscar dificultades en vez de aspirar á vencerlas, invirtió en trasladarse á Maxen todo el día 28, no avanzó el 29 más que hasta Reinhardts Grimme, no anduvo en jornada tan decisiva para la persecución más que legua y media, empleó este preciosísimo tiempo en consultar al estado mayor acerca de si debía ir detrás de Marmont por el camino de Altenberg, é interin le llegaba la orden terminante de perseguir de muerte al enemigo en todas direcciones, dejaba que desapareciera Kleist y se encaminara sobre las espaldas de Vandamme. Cuando al día siguiente 30 recibía la orden de unirse por un camino lateral á este caudillo, orden tan indicada que á la simple vista del mapa se la enviaba Berthier desde Dresde, se movía al cabo, y por el camino que había conducido á Kleist sobre las espaldas de Vandamme y que debiera llevarle sobre las espaldas de Kleist, asomaba para oír el cañón que anunciaba nuestro desastre. Así perdió todo el día 29 en murmurar y en lamentarse de no tener orden alguna, cuando existía la constante y muy suficiente de seguir al enemigo sin tregua (1).

(1) Aunque no soy dado á prestar asenso á los juicios malévolos que emiten unos contemporáneos sobre otros, y aunque desconfío particularmente de los del duque de Ragusa, ligeros por lo común y rígueros, después de estudiar bien los hechos y de leer las órdenes y las correspondencias, no se puede menos de reconocer por casi justo el que pronunció sobre la conducta del mariscal Saint-Cyr en esta coyuntura. Duele hallar en falta á un hombre tan distinguido, pero se debe la verdad á todo el mundo y necesario es saberse resignar á decirlo sobre este personaje, cuando no se calla sobre hombres de la altura de Moreau, de Massena y de Napoleón en la presente historia.

No es el mariscal Marmont el único en juzgar severamente la conducta del mariscal Saint-Cyr en tal circunstancia. En una relación aún manuscrita y digna de la que hizo sobre el año de 1812, emitió el general Fesenzac en términos muy templados, si bien muy positivos, igual juicio que el mariscal Marmont sobre el papel representado por los diversos autores del suceso de Kulma. Con

Por su parte el mariscal Marmont empujó al enemigo tan vivamente como pudo, y aun sostuvo muchos combates venturosos, pero se hallaba hartó lejos de Vandamme para ir en su ayuda. Situado completamente á la derecha, no podía tener aspiraciones de cruzar las montañas antes que Saint-Cyr, sin exponerse á caer solo en medio de los contrarios como en el fondo de un

efecto, son tan patentes los hechos, que no hay posibilidad de interpretarlos de dos modos. No pereció el general Vandamme de resultados de avanzar demasiado, pues tenía orden de ir á Tœplitz y se detuvo en Kulma. Allí, con cincuenta y dos batallones era invencible, y lo continuara siendo á no caer treinta mil prusianos sobre su espalda. ¿Quién se hallaba encargado de perseguir á estos prusianos? No Mortier, que estaba á la izquierda de Pirna y con orden de permanecer en este punto; no Marmont, que estaba á la derecha sobre el camino de Altenberg y con orden de perseverar allí fijo, sino el mariscal Saint-Cyr, que se hallaba entre el uno y el otro, con orden de perseguir á los enemigos sin tregua y en todas direcciones, según por las reiteradas instrucciones de Napoleón le estaba prescrito. Ahora bien, el 28 se detuvo en Maxen, lo cual en rigor podía concebirse. Pero el 29 lo empleó en andar legua y media, y envió á indagar si debería seguir á Marmont, á quien acababa de encontrar sobre su derecha. Admitiendo que necesitara de este dato, mientras lo recibía, su principal deber era no perder la pista del enemigo, y no dejarle la libertad de que tan fatalmente hizo uso para abrumar á Vandamme. Cuando al día siguiente le llegaba la orden, dictada por el más simple buen sentido, de procurar unirse á Vandamme más bien que seguir á Marmont, ya no era tiempo y Vandamme se hallaba derrotado. Sin la mala voluntad de que se ha acusado en otras épocas al mariscal Saint-Cyr, y por el solo hecho de la suspensión de su marcha el día 29, fué autor sin duda involuntario, bien que visible, del desastre de Vandamme. Aun creyendo indispensable pedir al estado mayor que le iluminara, no debió detenerse, y á su raro talento y á su consumada experiencia no se podía ocultar que, interin enviaba á buscar una orden, se salvaría el enemigo, y aún si el enemigo no hiciera más que salvarse, débil fuera la trascendencia del perjuicio; pero, al ponerse en salvo, destruyó á Vandamme y el destino de la campaña. Con suma pena se halla en falta á un personaje histórico tan noble como el mariscal Saint-Cyr; pero la historia no debe ser una lisonja para los vivos ni para los muertos. Sólo está obligada á ser verídica sin malevolencia y sin debilidad.

Aquí insertamos algunas cartas extractadas de la correspondencia de Napoleón y del mayor general Berthier:

*El emperador al mayor general.*

«Dresde 27 de agosto de 1813, á las siete y media de la tarde.

»...Enviad á reconocer positivamente la situación del mariscal Saint-Cyr. Manifestadle mi disgusto por no haber tenido noticias suyas en toda la mañana; debiera haberme enviado un oficial de hora en hora para enterarme de lo que pasaba.

*Al mayor general.*

«Delante de Dresde, 28 de agosto.

»Dad orden al mariscal Saint-Cyr para que marche sobre Dohna. Se situará sobre la altura, y seguirá la retirada por las cumbres entre Dohna y el llano. El duque de Treviso seguirá sobre el camino real. Inmediatamente que la incorporación con el general Vandamme se efectúe, continuará el mariscal Saint-Cyr su camino para trasladarse con su cuerpo y el del general Vandamme hacia Gieshübel, y el duque de Treviso tomará posición sobre Pirna. Por lo demás, yo iré allá tan luego como sepa que el movimiento se ha comenzado.»

*Al mayor general.*

«Dresde 29 de agosto de 1813, á las cinco y media de la mañana.

»Dad orden al rey de Nápoles para que se traslade á Frauentstein y caiga sobre los flancos y la espalda del enemigo, y junte á este fin su infantería, su caballería y su artillería. — Dad orden al duque de Ragusa para que siga al enemigo sobre Dippoltswalde y en cuantas direcciones haya tomado. Dad orden al mariscal



abismo. De consiguiente no había por qué dirigirle ningún cargo. Murat se hallaba en la imposibilidad de ejercer el más leve influjo sobre el deplorable suceso consumado en Kulma, pues corría por el camino real de Freyberg con sus escuadrones.

Finalmente queda entre el número de los actores responsables de esta catástrofe el mismo Napoleón, que, presente sobre el terreno y observando sin reposo á sus lugartenientes, pudo hacerles converger sobre el punto común, y con su presencia alcanzara de cierto lo que preveía y esperaba con fundamento. Mas fué apartado el día 28 de este gran deber por las noticias que le llegaron de los alrededores de Lowenberg y de Berlín, y también, fuerza es decirlo, por la confianza de que, con las órdenes expedidas, se hallaban suficientemente preparados y asegurados los resultados apetecidos. Con efecto, ochenta mil hombres á las órdenes de Saint-Cyr, de Marmont y de Murat, empujando á los coligados hacia las montañas, y cuarenta mil hombres á las órdenes del general Vandamme, y destinados á recibirlos sobre el respaldo, formaban un conjunto de precauciones tan completas como las que siempre había tomado para asegurar las consecuencias de sus victorias. Si los coligados fueran tan fáciles de desconcertar cual nuestros enemigos en otros días, si se mostrasen menos obstinados en la pelea y menos prontos á recobrar la confianza, en vez de inspirarles Vandamme la idea de detenerse, los cogiera como á rebaños fugitivos delante de un animal ansioso de devorarlos. Remontándose Napoleón á lo pasado, creyó ó hubo de creer que ya había hecho de sobra para proporcionarse los más insignes triunfos. Por desgracia habían cambiado los tiempos, y para consumir la ruina del grande ejército de Bohemia, no sobrara con que Napoleón vigilara hasta el último instante el cumplimiento de sus designios. En cualquiera otra circunstancia no dejara de hallarse al lado de Vandamme con toda su guardia, de llevar de la mano á Saint-Cyr y á Marmont, y de proseguir la victoria hasta que diera de sí todo el fruto. Pero se hallaba distraído, trasladado mentalmente y con violencia á otra parte, no

*Saint-Cyr para que se siga al enemigo sobre Maxen y en cuantas direcciones haya tomado. — Instruid á estos tres generales de su posición respectiva, para que sepan que se sostienen mutuamente.»*

*Al rey de Nápoles.*

*«Dresde 29 de agosto de 1813, á las cinco de la tarde.»*

»Hoy 29 á las seis de la mañana ha atacado el general Vandamme al príncipe de Wurtemberg cerca de Hollendorf; le ha cogido mil quinientos prisioneros, cuatro cañones, y le ha batido y rechazado; todos eran rusos. El general Vandamme marcha sobre Toeplitz con todo su cuerpo. Ha sido muerto el general príncipe de Reuss, que mandaba una de nuestras brigadas.—Os escribo esto para nuestro gobierno. El general Vandamme me envía á decir que cunde el espanto entre el ejército ruso.»

*El mayor general al mariscal Gouvíon Saint-Cyr.*

*«Dresde 30 de agosto de 1813.»*

»Señor mariscal:

»He recibido vuestra carta fechada en Reinhard Grimme, por la cual me participáis que estáis dentro del 6.º cuerpo. En semejante estado de cosas la intención de S. M. es que apoyéis al 6.º cuerpo, si bien sería preferible que pudierais hallar un camino sobre la izquierda, entre el duque de Ragusa y el cuerpo del general Vandamme, que ha alcanzado grandes triunfos sobre el enemigo y le ha hecho dos mil prisioneros.»

(N. del A.)

como tantos héroes por el deseo de la molición y de los deleites, sino por la pasión de alcanzar á un mismo tiempo todos los resultados, á las veces los más contradictorios y opuestos. Berlín y Dantzick, como Moscou un año antes, eran los prismas engañosos que extraviaban á la sazón su genio. Por herir en Berlín á la Prusia y á la Alemania, por tener siempre fundamento para decir que su predominio se extendía desde el golfo de Tarento hasta el Vístula, abrigó desde los principios de la campaña la idea de enviar á Berlín un cuerpo de sus tropas, de conservar una guarnición en Dantzick; y en obsequio de esta idea dejó, según se ha visto, que se introdujera en la profunda combinación de su plan de campaña un vicio oculto, el de ensanchar singularmente el círculo de sus operaciones, cuyo centro se hallaba en Dresde, de situar á Macdonald en Lowenberg en vez de situarle en Bautzen, de dirigir á Oudinot á Berlín en vez de establecerle en Wittenberg, gran falta que le impedía acudir á tiempo adondequiera que se necesitara de su persona, para dar cima á sus propios triunfos y reparar los desastres de sus lugartenientes. Produciendo de continuo la misma causa iguales efectos, al saber una desgracia sufrida por Macdonald, quiso auxiliárle lo más pronto posible; también quiso guiar personalmente el ejército de Oudinot á Berlín, y alejándose por este doble motivo de Pirna y de Kulma, donde debiera estar en persona con su guardia, dejó por rematar sus más importantes victorias, para ir en pos de otras nuevas, y de esta suerte se expuso á malograr todos los objetos por quererlos abarcar á una misma hora. ¡Siempre se ve en los infortunios de Napoleón una misma causa, y siempre es uno el origen de sus errores!

Y esta es la única parte de cargos que se le pueden hacer en punto al desastre de Kulma, pues en los pormenores no cometió ninguna falta. Por lo que hace á sus enemigos, su mérito contribuyó poco al resultado: se retiraron de prisa con la idea de ir más allá del Éger, y si hicieron alto delante de Kulma, fué improvisadamente, y á la vista de un cuerpo de tropas cuya posición aventurada, al par que alarmante para ellos, les inspiró la idea de no pasar adelante sin contenerle. Y á pesar de todo, no salieran airosos si la casualidad más grande, la de un cuerpo prusiano comprometido y lanzado á un acto de desesperación para salvarse, no les proporcionara una combinación involuntaria, imprevista y de consecuencias inmensas, combinación cuyo mérito se ha querido atribuir al emperador Alejandro, por más que sólo se debiera al sentimiento enérgico de los prusianos, resueltos á morir ó á abrirse calle. Así, no al genio de los coligados, que distaban mucho de carecer de habilidad militar por otra parte, sino á la pasión patriótica que les animaba é impulsaba á airarse contra la derrota, hay que atribuir su rapidez en aprovechar la ocasión de Kulma. Otra lección profundamente moral cabe deducir de estos prodigiosos sucesos, y es que conviene guardarse de empujar á la desesperación á los hombres, porque, provocando tal sentimiento, se les comunican fuerzas sobrenaturales, que dan por tierra con todos los cálculos, y sobrepujan á veces al mismo poder del arte más consumado.

Aquellos coligados que, al abandonar el campo de batalla de Dresde, se consideraban como batidos por completo, y se preguntaban tristemente si al aspirar á

vencer á Napoleón habían acometido la empresa de luchar contra el destino, de pronto al aspecto de Vandamme, vencido y prisionero, se juzgaron restituídos á una situación excelente, y creyeron ver á lo menos equilibrada la balanza de la fortuna. No obstante, contando lo que les costaron las dos jornadas de Dresde, la persecución del 28 y del 29, y la misma jornada del 30, entre muertos, heridos y prisioneros, perdieron más de cuarenta mil hombres, y después de todo la derrota de Vandamme sólo nos hacía perder entre prisioneros, heridos y muertos de doce á trece mil hombres. Pero la confianza volvió á tener cabida en su alma, se entregaron al gozo, y lejos de querer abandonar la partida y de dejar espacio á Napoleón para que fuera á los ejércitos de Silesia y del Norte, se hallaban resueltos á no concederle ningún respiro y á combatirle sin tregua. Cuarenta mil hombres no se contaban por nada en aquellas inmensas hecatombes; lo era todo el sentimiento de venir á las manos con los enemigos, y lejos de ser ya el sentimiento de la derrota el de los coligados, casi era el del triunfo. Para ellos equivalía casi á vencer el no ser vencidos, y al revés para Napoleón equivalía á no haber hecho cosa alguna el no aniquilar á sus tenaces adversarios. ¡Su salvación había enlazado á estas condiciones extremas y punto menos que imposibles!

Añadamos al concluir esta relación dolorosa que el único hombre que se había opuesto á Napoleón algún día, Moreau, expiraba en Tann, muy cerca de su residencia. Se le cortaron las dos piernas, y sufrió esta operación con un valor sosegado, que era su cualidad distintiva. No obstante, había padecido horriblemente. Trasladado en hombros de soldados enemigos de su patria, hizo una travesía de veinte leguas, aquejándole crueles dolores. Del otro lado de las montañas acudieron todos los soberanos, el rey de Prusia, el emperador

de Austria, el emperador Alejandro, en torno de su lecho de muerte y le prodigaron muestras de estimación y de sentimiento. Los personajes más ilustres, Mr. de Metternich, el príncipe de Schwartzberg, los generales de la coalición, le visitaron á su turno. Alejandro le tuvo largo tiempo estrechado en sus brazos á causa de haber concebido una verdadera amistad hacia su persona. Embarazado más bien que envanecido por tales demostraciones, Moreau, cuya alma extraviada un instante fué siempre honrada, preguntándose á sí propio sobre el mérito de su conducta, decía de continuo: «¡A pesar de todo no soy delincuente! ¡Yo no quería más que el bien de mi patria!... ¡Yo quería arrancarla de un yugo humillante!» Así mientras se rodeaba su agonía de respetos, ocupado en otra cosa, se examinaba, se juzgaba ante el tribunal de su propia conciencia, y no tenía descanso sino cuando lograba hallar excusas para una conducta que le valía tan señaladas distinciones. Otro grito se le escapó á menudo, y fué el siguiente: «¡Ese Bonaparte es siempre afortunado!» Pronunció esta frase en el momento de darle la bala, y repetíola frecuentemente antes de exhalar el postrer suspiro... ¡Bonaparte afortunado!.. Lo había sido y podía parecerlo á los ojos de un rival moribundo, pero muy pronto iba á fallar la Providencia sobre su propia suerte y á condenarle á un fin más triste quizá que el de Moreau, si hay fin más triste que el de expirar en las filas de los enemigos de su patria. ¡Funestas ilusiones del odio! Se envidia, se aborrece, se persigue, creyendo feliz al enemigo á quien se detesta, al par que, doblada la cabeza bajo el peso de la vida, todos caminan por entre los mismos dolores ó desventuras casi iguales. ¡Se envidiarían menos los hombres si supieran cuán análoga es la fortuna bajo apariencias diferentes, y en vez de dividirse bajo la mano del destino, se unirían en común para sostener su peso agobiante!